

El Resentimiento en Política

Por Antonio PRADO VÉRTIZ, doctor en Medicina. Colaboración especial para el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Si entendemos por política el arte de gobernar, o sea, de servir al Estado en beneficio de la colectividad, comprenderemos la necesidad de analizar al gobernante para entender el por qué el gobernante, el político, es un hombre sujeto a todas las contingencias de lo humano: generoso o ruin, noble o villano, bondadoso o cruel, etc. Todas estas facetas de su personalidad se revelarán en su actuación y, por consiguiente, en el bienestar o infelicidad de su pueblo. Si los mecanismos síquicos del gobernante son sanos o normales, sus actuaciones o decisiones, aún dentro de las características de su personalidad, serán normales. Pero, por el contrario, cuando la psiquis del mandatario se encuentra afectada por los mil y un mecanismos etiológicos que estudia la siquiatria, sus actuaciones al frente de los destinos de la patria pueden ocasionar daños tal vez irreparables. Si revisamos la historia del mundo, nos encontramos que, en todos los tiempos, ha habido gobernantes cuya paranoia, por ejemplo, es evidente, y que han ocasionado a sus pueblos y aún a la Humanidad entera severos daños.

Pero, sin llegar a la anormalidad absoluta, o sea, a los grandes diagnósticos psiquiátricos de oligofrenia, esquizofrenia y paranoia, hay también una serie de contexturas anímicas del gobernante que pueden ocasionarles grandes trastornos a ellos y a su pueblo, en su función de directivos. El gobernante pusilánime, el ambicioso, el cruel, etc., son ejemplos de otras tantas facetas del hombre, que se hacen evidentes y resultan patógenas para el país cuando el mandatario está encumbrado en un alto puesto directivo.

Nuestro trabajo va a analizar someramente una de estas situaciones que se presentan en Patología política y que lleva el nombre de “resentimiento”.

Cuando la vida, una autoridad o un hombre cualquiera nos quitan un bien, una ilusión o nos infieren una agresión física o moral, se produce en nosotros una reacción anímica dolorosa que el vulgo, en sus frases y canciones, ha señalado como propia de lo que él designa como “adolorido”. En tales condiciones, podemos decir que “adolorimiento” es el nombre popular de tal estado. Afortunadamente, con ayuda de la autocritica y el razonamiento, nuestra conciencia pronto elimina el recuerdo desagradable y el dolor o sentimiento desaparecen sin causar daño alguno. Pero, en sujetos predispuestos, la agresión no se pierde, sino que queda en el fondo del alma. Allí es cultivada constantemente y, unida a otras agresiones similares, crece y madura hasta llenar toda la conciencia del individuo y llega a ser la única directora de su conducta, tanto para ellos mismos como, cuando llega la oportunidad, para los demás. La exteriorización de este estado es lo que constituye en psicopatología el “resentimiento”.

La política de todo el mundo y especialmente la mexicana está llena de agresiones de toda índole y constituye poderosamente una de las fuentes productivas de este estado. Analizando el punto, hagamos dos preguntas: ¿Quién, en México, no ha tenido una decepción política? ¿Quién no ha culpado, en la soledad o públicamente, a este o aquel de su fracaso político? Si hemos de ser francos, diremos que prácticamente todos, pero también diremos que casi todos después de sufrir y hace sufrir a los demás; durante un tiempo más o menos largo, olvidamos lo pasado, aunque, después quizá, volvamos a empezar otra aventura política. Pero si en el hombre común la enfermedad, si es que existe, no tiene más repercusión que en el pequeño círculo social que lo rodea formado por familiares, compañeros de trabajo, vecinos o amigos, en el político profesional, en el que ha hecho de la política un *modus vivendi* y que es por definición un hombre público, el estudio de este fenómeno tiene una importancia capital, ya que el resentimiento será guardado e incubado por muchos años y, cuando la situación le sea favorable, se exteriorizará afectando sus síntomas a una comunidad o a la Nación entera constituyendo, por tanto, una tragedia social.

El político “resentido” tiene en su caracterología algunas facetas que lo son propias. En primer lugar es un egoísta, ya que no es compatible con la generosidad el conservar un rencor, porque el generoso, aun sin comprender el por qué de la agresión, olvida el agravio. Este egoísmo lo hace afectivo, mal dotado para el amor y de baja calidad

moral. Por regla general es inteligente, porque, en cada fracaso social, valora con precisión la ofensa recibida e investiga su posible origen, pero, a pesar de ello, falla en su autocrítica, ya que no tiene el talento suficiente para comprender que la hostilidad que recibe no es gratuita, sino producto de sus mismas deficiencias. Al contrario, él la acepta y así la cataloga como una injuria desmedida, injusta e inmerecida. Es tímido y cobarde, pero siempre cubierto con una capa de pseudo-valor, ahora llamado "machismo", que le hace andar siempre armado, aunque su cultura indique otra cosa. En nuestra revolución, por ejemplo, hay muchos casos de mandatarios que, en su época oscura, tuvieron grandes rasgos de timidez o de cobardía, que fueron aparentes delante de muchos testigos, rasgos que, cuando llegaron a tener en sus manos el poder y la fuerza, los disfrazaron con actos de extrema crueldad, a veces incomprensibles. El político "resentido" no agradece nada y aún las dádivas o favores recibidos los considera siempre menores de lo que él cree que merece, por tanto, los toma como una injusticia más y así los apunta en su memoria, que, por regla general, es magnífica, no para agradecerlos algún día, sino como una ofensa que debe cobrar mañana. No obstante, es cauteloso e hipócrita y se deshace en halagos y elogios para el que lo favorece, expresando en sus frases o en sus cartas gratitud o haciendo juramentos sobre una fidelidad y adhesión que no siente nunca.

Sus características sexuales son interesantes: cuando es aún subalterno, sufre horriblemente cuando su jefe tiene fáciles éxitos con el sexo opuesto y, en el fondo, lo critica y lo llama *Don Juan*. Pero siempre celebra estos éxitos con una sonrisa y aun lo ayuda en labores de celestina. Pero, cuando llega al Poder, como es poco simpático y las más de las veces un deficiente sexual, toma una apariencia de virtud y respetabilidad social casi ascética. De sus fracasos sexuales hace una castidad absoluta y, vanagloriándose de ello, trata de obligar a sus subalternos a practicar lo mismo. Es incapaz de encontrar placer en los goces habituales de la vida (la música, la pintura, el teatro, poesía, etcétera) y, por regla general, deriva hacia el alcoholismo como un escape habitual. Pero este vicio lo oculta cuidadosamente y, en la vida pública, se hace puritano hasta la exageración. Con frecuencia predica y hace gala de una honradez rimbombante, aunque no vacila (pero eso sí, siempre por trasmano) en adquirir bienes cuantiosos a como dé lugar.

El político resentido se cree un humorista. Como ya dijimos, es de una inteligencia superior, es el que inventa el chiste equívoco, la palabra hiriente o el apodo contra el mandatario en turno, pero ocultando siempre que él es el autor y no vacila, cuando llega el caso o es inter-

pelado, en culpar a otro de la ofensa. Citaremos, a este respecto, que está perfectamente demostrado que todos los chistes de matiz político o los apodos de los gobernantes, que han hecho furor, han salido de sus antecámaras, de sus círculos íntimos o han sido elaborados por los grupos de quienes se titulan sus amigos.

En resumen, las características psíquicas del político resentido son: las de un egoísmo acendrado, humildad ficticia, adaptación a todas las circunstancias, falsa integridad, ausencia de convicciones o ideales propios, hipocresía y servilismo hasta la abyección. Estas características son factores poderosos en nuestra política, para conseguir —tarde o temprano— el éxito; pero, como es natural, no todos llegan al triunfo mayor, la supermagistratura del país y muchos se quedan en posiciones subalternas, donde aparecen sus síntomas peligrosos. Porque, cuando el político resentido llega a tener poder, cambia totalmente su contextura psíquica para desgracia de la comunidad a la que debe servir. Las características de este estado final son muy conocidas: martiriza a sus subalternos en todas las formas imaginables, imponiéndoles —so capa de un estricto cumplimiento del deber— toda clase de indignidades y abyecciones. Procura, radicalmente, hacerlos caer en ridículo por diversos caminos; así, por ejemplo, detiene los problemas a su cargo, hasta que éstos se hacen irresolubles y entonces los exhibe ante la opinión pública como ineptos o bien goza también en ponerles, siempre de trasmano, los obstáculos con que han de tropezar y gloriándose, cuando ellos caen, de que él ya los había previsto y advertido. Nunca forma grupo, partido o escuela; antes bien incita los celos y rivalidades dentro de sus colaboradores más cercanos, ofreciéndoles —por ejemplo— a dos o a varios a la vez el mismo ascenso o el puesto más alto. Es común que, cuando llega al pináculo del Poder, vuelva sin vacilación alguna la espalda a sus antiguos protectores o maestros y no tendrá empacho a hundirlos en el ridículo, la miseria o aún la muerte. Ante la opinión de los demás, este acto de ingratitud lo disfrazo siempre con el sentimiento del cumplimiento del deber o los sagrados intereses de la patria. Su egocentrismo lo lleva a considerarse el “único” y es despiadado hasta la muerte con aquel que ose simplemente dudar de sus dotes de gobernación o de mando. Por tanto, se niega a aceptar consejo alguno, así venga del técnico más eficiente y si, a pesar de todo, alguno se lo da, lo toma como una ofensa más. Tercamente sigue el camino que él considera perfecto y, aunque los hechos le demuestren su error, él se empeña hasta llevar a su comunidad al fracaso más completo. La His-

toria nos enseña que, cuando esto sucede y la situación es irremediable, no da su brazo a torcer, sino le echa la culpa a sus colaboradores, a los partidos políticos antagonicos o a ese espantapájaros o rey de burlas que se llama "reacción". Como ya habíamos indicado que tiene una magnífica memoria, nunca olvida las ofensas reales o imaginarias que recibe, los desprecios y las burlas y, cuando tiene el Poder en su mano, las cobra despiadadamente y muchas veces el ofensor que recibe un castigo desmesurado por un agravio real o supuesto no sabe por qué es éste. No quiere saber nada de sus pasadas traiciones y abyecciones y, por tanto, una vez en el Poder, aquellos que conocieron sus miserias o claudicaciones son alejados cruelmente y así repudia compañeros de juventud y se rodea de una corte nueva, que sólo conoce sus glorias.

La política mexicana está llena de estos tipos psicológicos. Basta hojear nuestra historia patria, desde la Independencia hasta nuestros días, para ver retratadas estas características en presidentes, secretarios de Estado, gobernadores y jefes militares, cuyo camino es muy similar y que vamos a tratar de señalar en unas cuantas líneas. Nacen habitualmente de la milicia o de la burocracia ínfima, donde comienzan un duro noviciado, con infinitas antesalas que soportan estoicamente, con desprecios sin cuento, siempre acallando (aunque les destroce el alma) la eterna rebeldía del hombre y sonriendo o adulando al que los insulta o desprecia. Ellos, humildemente, soportan todo y abjuran de su dignidad, prestándoles a los poderosos toda clase de servicios, aunque estos caigan en la escala de los inconfesables. Su constancia, sus características psicológicas, les valen el primer puesto público, pero, claro está, sujeto a una consigna infamante que los destroza por dentro. Pero esto no les importa y continúan su carrera con los manifiestos de adhesión constante y servil al jefe del momento. A costa de mil sacrificios económicos, el resentido político está dispuesto siempre a dar el regalo costoso en la más mínima ocasión y, si llega el caso, él, que se siente moralista, no vacila en ejercer la alcahuetería disfrazada de servicio de amistad entrañable. La alabanza del hombre de quien depende es constante y, lacayescamente, cuando puede ser oído por él, le da el nombre de "patrón" o "jefe". Así, lenta, cautelosamente, asciende una cuesta llena de pinchos que desgarran su corazón y su alma. Hoy es la jefatura de un departamento, mañana una dirección administrativa, luego la diputación federal o local, después la gubernatura de un Estado y al fin la ansiada meta de ministro de Estado y Presidente de la República. Pero, conforme avanza en esta escalera, comienzan a manifestarse los

síntomas de la enfermedad: hace sentir —como hemos descrito— sobre los de abajo su poder y su fuerza, pero continúa siendo con los de arriba aún más servil y sumiso que antes, porque siente un temor, que casi llega a la agonía, de descender en este escalafón *sui generis*.

¡Cuántas tragedias nacionales no han tenido otro origen que esta enfermedad moral de los mandatarios! ¡Cuántos regímenes de terror, cuántas felonías y venganzas inexplicables de nuestra historia no tienen otro origen que la exteriorización despiadada de un resentimiento!

Es por ello que este trabajo no tiene otro objeto que mostrar esta pasión nefanda que atormenta al mexicano quizá más que a ninguno otro hombre de la tierra. En efecto, después de las luchas electorales, muchos mexicanos nos hemos sentido olvidados, despreciados y estamos “adoloridos”. Entonces, más que en ninguna otra ocasión, deberemos de recordar esta patología moral y no dejar que nuestro dolor se convierta en “resentimiento” y expulsar de una manera radical este sentimiento innoble. Olvidar lo que ha pasado; perdonar, si es necesario, con toda generosidad, este abandono o desprecio que nos parece una agresión o una injuria. No continuar uncido al carro de la vana esperanza y presentar hipócritamente la otra mejilla para un nuevo bofetón y esperar el llamado del poderoso que nos ha olvidado, para que si este milagro se realiza, él nos abra las puertas del Poder o de la fama. No. El camino correcto, después de nuestro fracaso o de nuestra desilusión, es volver a nuestro mundo, a nuestros libros, a nuestros estudios; en una palabra, a nuestro trabajo personal, porque allí está el remedio a nuestro mal y nuestra verdadera meta.